

Domingo I de Cuaresma (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL** (www.laverdadcatolica.org)
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilias en Santa Marta (18.II y 11.IV.14)**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilias con textos de homilias pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joan MARQUÉS i Suriñach (Girona)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL (www.laverdadcatolica.org)

PACTO DIVINO

Gn 9,8-15; 1 P 3,18-22; Mc 1,12-15

La solemne conclusión del relato del diluvio termina con “buen sabor de boca”. Dios no recurrirá jamás a otro castigo destructor. El simbolismo del arco iris tendría que evocarnos esa bondadosa determinación. Dios es amigo de las criaturas y ama la vida. Desde esa certeza podríamos aprender la lección. Dios deja en manos de los humanos la responsabilidad de cuidar su obra. Dios establece un pacto unilateral, y se auxilia de señales —el arco iris en el cielo— para recordar y honrar su compromiso. La lección es clara. Dios es fiel a su obra y a su palabra. Los que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios tenemos referentes seguros y cercanos. El Evangelio de san Marcos también comienza con un tono esperanzador: cesará el tiempo de los opresores, Dios inaugura su reino por medio de la presencia amigable de su Hijo Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 90, 15-16

Me invocará y yo lo escucharé; lo libraré y lo glorificaré; prolongaré los días de su vida.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Concedenos, Dios todopoderoso, que por las prácticas anuales de esta celebración cuaresmal, progreseemos en el conocimiento del misterio de Cristo, y traduzcamos su efecto en una conducta irrepachable. Por nuestro Señor Jesucristo.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Pondré mi arco iris en el cielo, como señal de mi alianza con la tierra.

Del libro del Génesis: 9, 8-15

En aquellos días, dijo Dios a Noé y a sus hijos: “Ahora establezco una alianza con ustedes y con sus descendientes, con todos los animales que los acompañaron, aves, ganados y fieras, con todos los que salieron del arca, con todo ser viviente sobre la tierra. Ésta es la alianza que establezco con ustedes: No volveré a exterminar la vida con el diluvio ni habrá otro diluvio que destruya la tierra”.

Y añadió: “Ésta es la señal de la alianza perpetua que yo establezco con ustedes y con todo ser viviente que esté con ustedes: pondré mi arco iris en el cielo como señal de mi alianza con la tierra, y cuando yo cubra de nubes la tierra, aparecerá el arco iris y me acordaré de mi alianza con ustedes y con todo ser viviente. No volverán las aguas del diluvio a destruir la vida”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 24

R/. Descúbrenos, Señor, tus caminos.

Descúbrenos, Señor, tus caminos, guíanos con la verdad de tu doctrina. Tú eres nuestro Dios y salvador y tenemos en ti nuestra esperanza. **R/.**

Acuérdate, Señor, que son eternos tu amor y tu ternura. Según ese amor y esa ternura, acuérdate de nosotros. **R/.**

Porque el Señor es recto y bondadoso, indica a los pecadores el sendero, guía por la senda recta a los humildes y descubre a los pobres sus caminos. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El agua del diluvio es un símbolo del bautismo, que nos salva.

De la primera carta del apóstol san Pedro: 3, 18-22

Hermanos: Cristo murió, una sola vez y para siempre, por los pecados de los hombres; Él, el justo, por nosotros, los injustos, para llevarnos a Dios; murió en su cuerpo y resucitó glorificado. En esta ocasión, fue a proclamar su mensaje a los espíritus encarcelados, que habían sido rebeldes en los tiempos de Noé, cuando la paciencia de Dios aguardaba, mientras se construía el arca, en la que unos pocos, ocho personas, se salvaron flotando sobre el agua. Aquella agua era figura del bautismo, que ahora los salva a ustedes y que no consiste en quitar la inmundicia corporal, sino en el compromiso de vivir con una buena conciencia ante Dios, por la resurrección de Cristo Jesús, Señor nuestro, que subió al cielo y está a la derecha de Dios, a quien están sometidos los ángeles, las potestades y las virtudes.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN Mt 4, 4

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. **R/.**

EVANGELIO

Fue tentado por Satanás y los ángeles le servían.

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 1, 12-15

En aquel tiempo, el Espíritu impulsó a Jesús a retirarse al desierto, donde permaneció cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivió allí entre animales salvajes, y los ángeles le servían.

Después de que arrestaron a Juan el Bautista, Jesús se fue a Galilea para predicar el Evangelio de Dios y decía: “Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios ya está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Intercedamos, amados hermanos, ante la divina clemencia, implorando la misericordia divina en favor de todos los hombres y suplicando el perdón para cuantos hemos pecado: (R/. Escúchanos, Señor.)

- 1.** Para que, en este tiempo de Cuaresma, Dios conceda a todos los fieles la fuerza necesaria para luchar contra el mal, convertirse de su mala conducta y retornar al camino del bien, roguemos al Señor.
- 2.** Para que quienes abundan en bienes de la tierra sepan moderar el uso de sus propias riquezas en provecho de los necesitados y no vivan absortos en los bienes de este mundo, roguemos al Señor.
- 3.** Para que quienes se han alejado de la Iglesia causa de nuestros escándalos o de nuestra tibieza se reincorporen a la familia de Dios, y a nosotros el Señor nos perdone el pecado de escándalo, roguemos al Señor.
- 4.** Para que nuestros corazones lleguen a ser, por medio de la penitencia cuaresmal, aquella tierra fecunda en la que la Palabra de Dios produce fruto del ciento por uno, roguemos al Señor.

Señor Dios, paciente y misericordioso, que, a través de las distintas etapas de la historia, renuevas tu alianza con todas las generaciones, escucha nuestras súplicas y prepara nuestros corazones a escuchar a tu Hijo amado, para que, por medio de estos días de penitencia, alcancemos una verdadera conversión del corazón y renovemos nuestra alianza contigo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te pedimos, Señor, que nos hagas dignos de estos dones que vamos a ofrecerte, ya que con ellos celebramos el inicio de este venerable misterio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque él mismo, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, consagró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal y, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a superar la seducción del pecado, para que, después de celebrar con espíritu renovado el misterio pascual, pasemos finalmente a la Pascua eterna.

Por eso, con los coros de los ángeles y santos, te cantamos el himno de alabanza, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 4, 4

No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados, Señor, de este pan celestial que nutre la fe, hace crecer la esperanza y fortalece la caridad, te suplicamos la gracia de aprender a sentir hambre de aquel que es el pan vivo y verdadero, y a vivir de toda palabra que procede de su boca. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Derrama sobre tu pueblo, Señor, la abundancia de tu bendición para que su esperanza crezca en la adversidad, su virtud se fortalezca en la tentación, y alcance la redención eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Mucho antes que los científicos modernos comenzaran a inventar sus términos técnicos para referirse a los asuntos del medio ambiente, muchísimo tiempo antes de los agujeros en la capa de ozono y los biocombustibles, ya los sabios de Israel habían desentrañado la importancia de mantener una cuidadosa y amigable relación entre todos los vivientes. Efectivamente en el relato del diluvio encontramos un solemne juramento divino, donde Dios se impone la obligación de preservar la vida. La destrucción no ocurrirá por una decisión autoritaria de parte de Dios; por más que los humanos persistamos en el maltrato a su obra, el Creador sigue decidido a cuidarla. La responsabilidad es nuestra. Jesús aparece al inicio del Evangelio de San Marcos como alguien que vive en equilibrio con los animales y todos los vivientes. También en ese aspecto es modelo y prototipo del hombre nuevo.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El arco iris (Gn 9,8-15)

1ª lectura

La promesa que Dios había hecho, al mostrar su agrado ante el sacrificio de Noé, de no enviar más un diluvio sobre la tierra (cfr Gn 8,20-22), la renueva ahora en el marco de una alianza que afecta a toda la creación, y que se ratifica mediante una señal: el arco iris.

Comienza así la historia de las diversas alianzas que Dios libremente va estableciendo con los hombres. Esta primera alianza con Noé se extiende a toda la creación purificada y renovada por el diluvio. Después vendrá la alianza con Abrahán, que afectará sólo a él y a sus descendientes (cfr cap. 17). Finalmente, bajo Moisés, establecerá la alianza del Sinaí (cfr Ex 19), también limitada al pueblo de Israel. Pero como los hombres no fueron capaces de guardar estas sucesivas alianzas, Dios prometió, por boca de los profetas, establecer en los tiempos mesiánicos una nueva alianza: «Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos mi pueblo» (Jr 31,33). Esta promesa se cumplió en Cristo, como él mismo dijo al instituir el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22,20).

De ahí que los padres y escritores eclesiásticos hayan visto en el arco iris el primer anuncio de esta nueva alianza. Así, por ejemplo, Ruperto de Deutz escribe: «En él Dios estableció con los

hombres una alianza por medio de su Hijo Jesucristo; muriendo Éste en la cruz, Dios nos reconcilió consigo, lavándonos de nuestros pecados en su sangre, y nos dio por medio de Él el Espíritu Santo de su amor, instituyendo el bautismo de agua y del Espíritu Santo por el que renacemos. Por tanto, aquel arco que aparece en las nu-bes es signo del Hijo de Dios. (...) Es signo de que Dios no volverá a destruir toda carne mediante las aguas del diluvio; el Hijo de Dios mismo, a quien una nube recubrió, y el que está elevado más allá de las nubes, por encima de todos los cielos, es para siempre un signo recordatorio a los ojos de Dios Padre, un memorial eterno de nuestra paz: después de que Él en su carne destruyó la enemistad, está firme la amistad entre Dios y los hombres, que ya no son siervos, sino amigos e hijos de Dios» (*Commentarium in Genesim* 4,36).

El arca de Noé figura del bautismo (1 P 3,18-22)

2ª lectura

En el pasaje es posible que se encuentren elementos de un Credo de la primitiva catequesis cristiana del Bautismo. Se expresa con claridad el núcleo de la fe en Jesucristo, tal como desde el principio la predicaron los Apóstoles y pasó al Símbolo Apostólico: murió, descendió a los infiernos, resucitó y ascendió a los cielos.

El v. 19 recoge la fe de la Iglesia en el descenso de Cristo a los infiernos, manifestación de la universalidad de la salvación: «Cristo muerto, en su alma unida a su persona divina, descendió a la morada de los muertos. Abrió las puertas del cielo a los justos que le habían precedido» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 637). La expresión «espíritus cautivos» ha sido interpretada de diversos modos: estos espíritus pueden simbolizar a las almas de los justos del Antiguo Testamento, retenidos en el seno de Abrahán. Así lo interpretan algunos Padres de la Iglesia. Pero también pueden ser los ángeles caídos que habían sido retenidos en las profundidades tenebrosas. De esta manera se subrayaría la victoria de Cristo sobre el demonio. Las aguas del diluvio son figura de las del Bautismo: como Noé y su familia se salvaron en el Arca a través de las aguas, ahora los hombres se salvan a través del Bautismo, por el que son incorporados a la Iglesia de Cristo (vv. 20-22).

Estuvo en el desierto cuarenta días mientras era tentado por Satanás (Mc 1,12-15)

Evangelio

San Mateo y San Lucas describen con detalle tres tentaciones de Jesús antes de iniciar la vida pública, y unas tentaciones análogas se recogen también en el *Evangelio de San Juan* (Jn 6,15-7,9). Marcos las reseña brevemente y pasa enseguida a narrar la actividad pública para la que Jesús se había preparado en el desierto.

Tentación, en la Sagrada Escritura, tiene el sentido de «prueba», más que el de «sugestión» o «incitación». Con las tentaciones se nos enseña también la verdadera Humanidad de Jesucristo: «No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado» (Hb 4,15). También por eso la conducta de Cristo es modelo para la nuestra: «Jesús, después de ser bautizado, ayunó en solitario durante cuarenta días. Así nos enseñó con su ejemplo que, una vez recibido el perdón de los pecados mediante el bautismo, con vigilia, ayunos y oraciones, debemos prepararnos para evitar que, mientras somos torpes o menos prontos, vuelva el espíritu inmundo que había sido expulsado de nuestro corazón» (S. Beda, *Homiliae* 11).

«Y los ángeles le servían» (v. 13). Los ángeles, a lo largo del Antiguo Testamento, forman parte de la corte celestial de Dios y le alaban continuamente (cfr p. ej., Is 6,1-3; 1 R 22,19). La indicación de que «servían» a Jesús expresa la superioridad, el señorío de Jesucristo sobre ellos.

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

Jesús en el desierto

Justamente, pues, nuestro Señor Jesús, con su ayuno y su soledad, nos dispone contra los atractivos de los placeres y soporta ser tentado por el diablo para que en Él aprendamos nosotros a triunfar. Notemos que el evangelista, no sin razón, nos muestra tres instituciones principales del Señor: pues hay tres cosas provechosas para la salvación del hombre: el sacramento, el desierto y el ayuno: “*Nadie es coronado si no lucha conforme a la Ley*” (2 Tm 2, 5), y nadie es admitido al combate de la virtud si antes no ha sido lavado de todas las manchas de sus delitos y consagrado por el don de la gracia celeste.

(...) *Entonces Jesús fue conducido al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo.*

Es conveniente recordar cómo el primer Adán fue expulsado del paraíso al desierto, para que adviertas cómo el segundo Adán viene del desierto al paraíso. Ves también cómo sus daños se reparan siguiendo sus encadenamientos, y cómo los beneficios divinos se renuevan tomando sus propias trazas. Una tierra virgen ha dado a Adán, Cristo ha nacido de la Virgen; aquél fue hecho a imagen de Dios, Este es la Imagen de Dios; aquél fue colocado sobre todos los animales irracionales, Este sobre todos los vivientes; por una mujer la locura, por una virgen la sabiduría; la muerte por un árbol, la vida por la cruz. Uno, despojado de lo espiritual, se ha cubierto con los despojos de un árbol; el Otro, despojado de lo temporal, no ha deseado un vestido corporal. Adán está en el desierto, en el desierto Cristo; pues Él sabía dónde podía encontrar al condenado para disipar su error y conducirlo al paraíso; mas como él no podía volver allá cubierto con los despojos de este mundo, como no podía ser habitante del cielo sin ser despojado de toda mancha, lo despojó del hombre viejo y lo revistió del nuevo (Col 3, 9 ss): porque, como los decretos divinos no pueden ser abrogados, era mejor que cambiase la persona que no la sentencia.

Mas, desde el momento que en el paraíso había perdido el camino emprendido sin guía, ¿cómo sin guía podía volver a él en el desierto? Aquí las tentaciones son numerosas, difíciles los esfuerzos hacia la virtud y fáciles las caídas hacia el error. La virtud es del mismo natural que los árboles; cuando todavía son bajos, en su crecimiento de la tierra hacia el cielo, cuando su edad se ensancha en un frondaje tierno, está expuesto al veneno de la un diente cruel y fácilmente puede ser cortado o secado; mas una vez asentado sobre profundas raíces y sus ramos empujados hacia arriba, es ya inútil que la mordedura de las bestias, los brazos de los campesinos o las diversas embestidas de los temporales ataquen al árbol robusto.

¿Qué guía ofrecerá, pues, contra tantos placeres del mundo, contra tantas astucias del diablo, sabiendo que nosotros hemos de luchar en primer lugar “*contra la carne y la sangre, luego contra las potestades, contra los príncipes del mundo de estas tinieblas, contra los espíritus malignos que pueblan el aire*”? (Ef 6, 11-12). ¿Ofrecer un ángel? Mas también él ha caído; las legiones de ángeles apenas han podido salvar a individuos (2R 6, 17). ¿Enviar un serafín? Mas él ha descendido a la tierra en medio de un pueblo que tenía los labios manchados (Is 6, 6 ss) y no hubo más que un profeta al cual purificó sus labios con el contacto de un carbón encendido. Era necesario buscar otro guía al cual todos siguiésemos. ¿Cuál será este guía tan grande para hacer bien a todos, sino Aquel que está por encima de todos? ¿Quién me establecerá sobre el mundo, sino Aquel que es más grande que el mundo? ¿Quién será este guía tan grande para poder conducir en una misma dirección al hombre y a la mujer, al judío y al griego, al bárbaro y escita, al esclavo y al hombre libre (Col 3, 11), sino Aquel que es todo en todos, Cristo?

Muchos son los lazos por donde caminamos: lazos del cuerpo, lazos de la Ley, lazos tendidos por el diablo en el pináculo de los templos o en las almenas de las murallas, lazos de la filosofía, lazos de los deseos —pues el ojo de la mujer de mala vida es lazo del pecador (cf. *Pr 7, 21*)—, lazo del dinero, lazo de la religión, lazo del cuidado de la castidad. Pues el alma humana es inclinada por exiguos momentos y con frecuencia la empuja aquí o allí la habilidad del seductor. Ve el diablo a algún hombre religioso que sirve a Dios con veneración, lleno de deseos por lo que es santo e incapaz de hacer mal: y él lo hace caer por su misma religión, induciéndole a no creer que el Hijo de Dios tomó nuestra propia carne, nuestro propio cuerpo, la fragilidad de nuestros propios miembros; siendo así que padeció en su cuerpo, mas la divinidad permaneció exenta de injuria; de este modo su religión lo pone en falta: pues “*quien niega que Cristo ha venido en la carne, no es de Dios*” (*1Jn 4, 3*). Ve a un hombre puro, de una castidad intacta: le persuade a condenar el matrimonio, lo cual hace que sea expulsado de la Iglesia, y así el cuidado de la castidad lo separa de este cuerpo casto. Otro ha oído decir que hay “*un solo Dios del cual viene todo*” (*1Co 8, 6*): le adora y le venera; le tienta el diablo y le cierra los oídos para que no entienda que hay “*un solo Señor por el cual son todas las cosas*” (*ibíd.*); de este modo, por una piedad excesiva, le impele a ser impío, separando el Padre del Hijo y, al mismo tiempo, confundiendo el Padre y el Hijo, creyendo que hay entre los dos unidad de persona y no de poder. Así, mientras ignora la medida de la fe, incurre en la desgracia del error

¿Cómo, pues, evitar estos lazos, a fin de poder decir también nosotros “*Escapó nuestra alma como una avecilla al lazo del cazador; se rompió el lazo y fuimos liberados*”? (*Sal 123, 7*). No dice: “Yo he roto el lazo” —David no se atreve a hablar así—, sino “*nuestra ayuda está en el nombre del Señor*” (*ibíd.*, 8), a fin de mostrar que el lazo sería roto, a fin de profetizar la venida en esta vida de Aquel que rompería el lazo tendido por las insidias del diablo.

Mas el mejor medio de romper el lazo era presentar un cebo cualquiera al diablo, de forma que, apresurándose sobre su presa, quedase él cogido en sus propios lazos, y así yo pueda decir: “*Prepararon lazos para mis pies, y ellos cayeron en ellos*” (*Sal 56, 7*). ¿Qué cebo pudo ser éste, sino un cuerpo? Convino, pues, usar con el diablo este artificio, que el Señor tomase un cuerpo, y un cuerpo corruptible, un cuerpo enfermo, para ser crucificado gracias a esa debilidad. Pues, si hubiera tomado un cuerpo espiritual, no habría podido decir: “*El espíritu está animoso, pero la carne es flaca*” (*Mt 26, 41*). Escucha, pues, ambas voces, la de la carne flaca y la del espíritu animoso: “*Padre, si es posible, que se aleje de mí este cáliz*”: es la voz de la carne; “*pero no lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú*” (*Mt 26, 39*): he aquí la entrega y el vigor del espíritu. ¿Por qué desprecias la condescendencia del Señor? Por condescendencia ha tomado mi cuerpo, por condescendencia ha tomado mis miserias, mis flaquezas; la naturaleza de Dios no podía ciertamente sentir las, puesto que la misma naturaleza humana ha aprendido a despreciarlas, o a soportarlas y sufrirlas.

Por lo mismo, sigamos a Cristo, según lo que está escrito: “*Marcharás en pos del Señor tu Dios y a Él te adherirás*” (*Dt 13, 4*). ¿A quién me adheriré sino a Cristo?, pues, como dice San Pablo: “*Quien se adhiere al Señor tiene un solo espíritu con El*” (*1Co 6, 17*). Sigamos sus pasos y podremos volver del desierto al paraíso.

Ved por qué caminos hemos de volver. Cristo está ahora en el desierto, obra en el hombre, lo instruye, lo forma, lo ejercita, le unge con el óleo espiritual; al verlo más robusto, lo hizo pasar a través de las sementeras y lugares fértiles, cuando los judíos se quejaban de que sus discípulos desgranasen el sábado las espigas cogidas de los trigales (*Mt 12, 1 ss*) —pues ya había colocado a sus apóstoles en el campo cultivado y en el trabajo fructuoso—; después lo estableció en el jardín en el tiempo de la pasión; pues así está escrito: “*Dicho esto, salió Jesús, junto con sus discípulos, a la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró y con El sus discípulos*” (*Jn*

18, 1). Pues el jardín es mejor que el campo fértil, como lo enseña el profeta en el Cantar de los Cantares: “*Eres jardín cercado, hermana mía, esposa; eres jardín cercado, fuente sellada; es tu plantel un bosquecillo*” (Ct 4, 12-13). Tal es la virginidad pura y sin tacha del alma que no se aparta de la fe por ningún temor de los suplicios, por ningún atractivo de los placeres del mundo ni por ningún amor de la vida. Finalmente, que el hombre ha sido llamado por la virtud del Señor nos lo muestra, entre los demás, este evangelista, que solo ha indicado lo que el Señor dijo al ladrón: “*En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Jn 23, 43).

Jesús, pues, lleno del Espíritu Santo, es conducido al desierto intencionadamente, con el fin de provocar al diablo misteriosamente —pues si éste no hubiera combatido, el Señor no hubiera vencido por mí—, para librar a este Adán del destierro; como prueba y demostración de que el diablo tiene envidia de los que se esfuerzan en ser mejores, y por eso se ha de ser precavidos, no sea que la flaqueza del alma traicione la gracia del misterio.

(*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), Libro Cuarto 4-14*, BAC, Madrid, 1966, pp. 189-196)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilias en Santa Marta (18.II y 11.IV.14)

Ángelus 2014

No dialogar con el demonio ante las tentaciones

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma presenta cada año el episodio de las tentaciones de Jesús, cuando el Espíritu Santo, que descendió sobre Él después del bautismo en el Jordán, lo llevó a afrontar abiertamente a Satanás en el desierto, durante cuarenta días, antes de iniciar su misión pública.

El tentador busca apartar a Jesús del proyecto del Padre, o sea, de la senda del sacrificio, del amor que se ofrece a sí mismo en expiación, para hacerle seguir un camino fácil, de éxito y de poder. El duelo entre Jesús y Satanás tiene lugar a golpes de citas de la Sagrada Escritura. El diablo, en efecto, para apartar a Jesús del camino de la cruz, le hace presente las falsas esperanzas mesiánicas: el bienestar económico, indicado por la posibilidad de convertir las piedras en pan; el estilo espectacular y milagrero, con la idea de tirarse desde el punto más alto del templo de Jerusalén y hacer que los ángeles le salven; y, por último, el atajo del poder y del dominio, a cambio de un acto de adoración a Satanás. Son los tres grupos de tentaciones: también nosotros los conocemos bien.

Jesús rechaza decididamente todas estas tentaciones y ratifica la firme voluntad de seguir la senda establecida por el Padre, sin compromiso alguno con el pecado y con la lógica del mundo. Mirad bien cómo responde Jesús. Él no dialoga con Satanás, como había hecho Eva en el paraíso terrenal. Jesús sabe bien que con Satanás no se puede dialogar, porque es muy astuto. Por ello, Jesús, en lugar de dialogar como había hecho Eva, elige refugiarse en la Palabra de Dios y responde con la fuerza de esta Palabra. Acordémonos de esto: en el momento de la tentación, de nuestras tentaciones, nada de diálogo con Satanás, sino siempre defendidos por la Palabra de Dios. Y esto nos salvará. En sus respuestas a Satanás, el Señor, usando la Palabra de Dios, nos recuerda, ante todo, que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4; cf. Dt 8, 3); y esto nos da fuerza, nos sostiene en la lucha contra la mentalidad mundana que abaja al hombre al nivel de las necesidades primarias, haciéndole perder el hambre de lo que es verdadero, bueno y bello, el hambre de Dios y de su amor. Recuerda, además, que «está escrito también: “No tentarás al Señor, tu Dios”» (v. 7), porque el camino de la fe pasa también a través de la oscuridad, la duda, y se alimenta

de paciencia y de espera perseverante. Jesús recuerda, por último, que «está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”» (v. 10); o sea, debemos deshacernos de los ídolos, de las cosas vanas, y construir nuestra vida sobre lo esencial.

Estas palabras de Jesús encontrarán luego confirmación concreta en sus acciones. Su fidelidad absoluta al designio de amor del Padre lo conducirá, después de casi tres años, a la rendición final de cuentas con el «príncipe de este mundo» (*Jn* 16, 11), en la hora de la pasión y de la cruz, y allí Jesús reconducirá su victoria definitiva, la victoria del amor.

Queridos hermanos, el tiempo de Cuaresma es ocasión propicia para todos nosotros de realizar un camino de conversión, confrontándonos sinceramente con esta página del Evangelio. Renovemos las promesas de nuestro Bautismo: renunciemos a Satanás y a todas sus obras y seducciones —porque él es un seductor—, para caminar por las sendas de Dios y llegar a la Pascua en la alegría del Espíritu (cf. *Oración colecta del IV Domingo de Cuaresma, Año A*).

Homilía del 18 de febrero de 2014

Para no dejarse contagiar por la tentación

La tentación se nos presenta de modo solapado, contagia todo el ambiente que nos rodea, nos impulsa a buscar siempre una justificación. Y al final nos hace caer en el pecado, cerrándonos en una jaula de la cual es difícil salir. Para resistir a la tentación es necesario escuchar la Palabra del Señor, porque “Él nos espera”, nos da siempre confianza y abre ante nosotros un nuevo horizonte. Es éste, en síntesis, el sentido de la reflexión propuesta por el Papa Francisco el martes 18 de febrero.

El Pontífice partió, como es costumbre, de la liturgia del día, en especial de la Carta de Santiago (St 1, 12-18) en la que el apóstol “tras habernos hablado ayer de la paciencia —destacó— nos habla hoy de la resistencia. Resistencia a las tentaciones. Y nos explica que cada uno es tentado por las propias pasiones, que le atraen y le seducen. Luego, las pasiones engendran, generan el pecado. Y el pecado, una vez cometido, genera la muerte”.

¿Pero de dónde viene la tentación? ¿Cómo actúan dentro de nosotros? Para responder a estos interrogantes, el Papa recurrió nuevamente al texto de la Carta de Santiago. “El apóstol —indicó— nos dice que no viene de Dios sino de nuestras pasiones, de nuestras debilidades interiores, de las heridas que dejó en nosotros el pecado original. De allí vienen las tentaciones”. Y al respecto se centró en las características de la tentación, que, dijo, “crece, contagia y se justifica”.

Inicialmente, por lo tanto, la tentación “comienza con un aire tranquilizador”, pero “luego crece. Jesús mismo lo decía cuando contó la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30). El trigo crecía, pero crecía también la cizaña sembrada por el enemigo. Y así también la tentación crece, crece, crece. Y si uno no la detiene, ocupa todo”. Después tiene lugar el contagio. La tentación “crece —explicó el obispo de Roma—, pero no ama la soledad”; por lo tanto, “busca a otro para que le acompañe, contagia a otro y así acumula personas”. Y la tercera característica es la justificación, porque nosotros, hombres, “para estar tranquilos nos justificamos”.

Al respecto, el Pontífice observó que la tentación se justifica desde siempre, “desde el pecado original”, cuando Adán culpó a Eva por haberle convencido de comer el fruto prohibido. Y en este crecer, contagiar y justificarse, la tentación “nos encierra en un ambiente desde el que no se puede salir con facilidad”. Para explicarlo, el Papa se refirió al pasaje del Evangelio de Marcos (Mc 8, 14-21): “Es lo que sucedió a los apóstoles que estaban en la barca: se les olvidó tomar el pan” y se pusieron a discutir culpándose mutuamente por haberlo olvidado. “Jesús les miraba. Yo pienso —comentó— que Él sonreía mientras les miraba. Y les dijo: ¿Recordáis la levadura de los fariseos, de

Herodes? Estad atentos, mirad a vuestro alrededor”. Sin embargo, ellos “no entendían nada, porque estaban tan cerrados culpándose que no tenían ya espacio para otra cosa, no tenían más luz para la Palabra de Dios”.

Lo mismo sucede “cuando caemos en tentación. No escuchamos la Palabra de Dios. No comprendemos. Y Jesús tuvo que recordar la multiplicación de los panes para ayudar a los discípulos a salir de ese ambiente”. Esto sucede, explicó el Pontífice, porque la tentación nos cierra todo horizonte “y así nos conduce al pecado”. Cuando somos tentados, “sólo la Palabra de Dios, la palabra de Jesús nos salva. Escuchar esa Palabra nos abre el horizonte”, porque “Él está siempre dispuesto a enseñarnos a cómo salir de la tentación. Jesús es grande porque no sólo nos hace salir de la tentación, sino que nos da más confianza”.

Al respecto, el Papa Francisco recordó el episodio relatado por el Evangelio de Lucas (Lc 22, 31-32) a propósito del diálogo entre Jesús y Pedro, durante el cual el Señor “dice a Pedro que el diablo quería cribarlo”; pero al mismo tiempo le revela que había rezado por él y le confía una nueva misión: “Cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos”. Por lo tanto, Jesús, destacó el Santo Padre, no sólo nos espera para ayudarnos a salir de la tentación, sino que confía en nosotros. Y “ésta es una gran fuerza”, porque “Él nos abre siempre nuevos horizontes”, mientras que el diablo con la tentación “cierra y hace crecer el ambiente donde se riñe”, por lo cual “se buscan justificaciones acusándose uno a otro”.

“No nos dejemos aprisionar por la tentación”, fue la exhortación del obispo de Roma. Desde el círculo donde nos encierra la tentación “se sale sólo escuchando la Palabra de Jesús” recordó, concluyendo: “Pidamos al Señor que siempre, como hizo con los discípulos, con su paciencia, cuando seamos tentados nos diga: Detente. Tranquilízate. Levanta los ojos, mira el horizonte, no te cierres, sigue adelante. Esta palabra nos salvará de caer en el pecado en el momento de la tentación”.

Homilía del 11 de abril de 2014

Seguramente el diablo

“El diablo existe también en el siglo XXI y debemos aprender del Evangelio cómo luchar” contra él para no caer en la trampa. Para hacerlo no hay que ser “ingenuos”, por ello se deben conocer sus estrategias para las tentaciones, que siempre tienen “tres características”: comienzan despacio, luego crecen por contagio y al final encuentran la forma para justificarse. El Papa alertó acerca del considerar que hablar del diablo hoy sea cosa “de antiguos” y en esto centró su meditación en la misa del viernes 11 de abril.

El Pontífice habló expresamente de “lucha”. Por lo demás, explicó, también “la vida de Jesús fue una lucha: Él vino para vencer el mal, para vencer al príncipe de este mundo, para vencer al demonio”. Jesús luchó con el demonio que lo tentó muchas veces y “sintió en su vida las tentaciones y también las persecuciones”. Así “también nosotros cristianos que queremos seguir a Jesús, y que por medio del Bautismo estamos precisamente en la senda de Jesús, debemos conocer bien esta verdad: también nosotros somos tentados, también nosotros somos objeto del ataque del demonio”. Esto sucede “porque el espíritu del mal no quiere nuestra santidad, no quiere el testimonio cristiano, no quiere que seamos discípulos de Jesús”.

Pero, se preguntó el Papa, “¿cómo hace el espíritu del mal para alejarnos del camino de Jesús con su tentación?”. La respuesta a este interrogante es decisiva. “La tentación del demonio -explicó el Pontífice- tiene tres características y nosotros debemos conocerlas para no caer en las trampas”. Ante todo “la tentación comienza levemente pero crece, siempre crece”. Luego “contagia a otro”: se

“transmite a otro, trata de ser comunitaria”. Y “al final, para tranquilizar el alma, se justifica”. De este modo las características de la tentación se expresan en tres palabras: “crece, se contagia y se justifica”.

Pero si “se rechaza la tentación”, luego “crece y vuelve más fuerte”. Jesús, explicó el Papa, lo dice en el Evangelio de Lucas y advierte que “cuando se rechaza al demonio, da vueltas y busca algunos compañeros y vuelve con esta banda”. Y he aquí que “la tentación es más fuerte, crece. Pero crece incluso involucrando a otros”. Es precisamente eso lo que sucedió con Jesús, como relata el pasaje evangélico de Juan (Jn 10, 31-42) propuesto por la liturgia. “El demonio -afirmó el Pontífice- involucra a estos enemigos de Jesús que, a este punto, hablan con Él con las piedras en las manos”, listos para matarlo.

La tercera característica de la tentación del demonio es que “al final se justifica”. El Papa Francisco, al respecto, recordó la reacción del pueblo cuando Jesús volvió “por primera vez a su casa en Nazaret” y fue a la sinagoga. Primero todos quedaron asombrados por sus palabras, luego, inmediatamente, la tentación: “¿Pero no es éste el hijo de José, el carpintero, y de María? ¿Con qué autoridad habla si nunca fue a la universidad y jamás estudió?”. De este modo buscaron justificar su propósito de “matarlo en ese momento, lanzarlo desde el monte”.

También en el pasaje de Juan los interlocutores de Jesús querían matarlo, tanto que “tenían las piedras en las manos y discutían con Él”. Así, “la tentación implicó a todos en contra de Jesús”; y todos “se justificaban” por esto. Para el Papa Francisco “el punto más alto, más fuerte de la justificación es el del sacerdote” que dice: “Pero acabemos con Él de una vez, vosotros no entendéis nada. ¿No sabéis que es mejor que un hombre muera por el pueblo? Debe morir para salvar al pueblo”. Y todos los demás le daban la razón: es “la justificación total”.

También nosotros, advirtió el Pontífice, “cuando somos tentados, vamos por este mismo camino. Tenemos una tentación que crece y contagia a otro”. Basta pensar en las habladurías: si tenemos “un poco de envidia”, no la mantenemos dentro sino que la compartimos. Y es así que la crítica “trata de crecer y contagia a otro y a otro...”. Precisamente “este es el mecanismo de las habladurías y todos nosotros hemos sido tentados de criticar”, reconoció el Papa, confesando: “¡También yo he sido tentado de criticar! Es una tentación cotidiana”, que “comienza así, suavemente, como el hilo de agua”.

He aquí por qué, afirmó una vez más el Papa, se debe estar “atentos cuando en nuestro corazón sentimos algo que acabará por destruir a las personas, destruir la fama, destruir nuestra vida, llevándonos a la mundanidad, al pecado”. Se debe estar “atentos -añadió- porque si no detenemos a tiempo ese hilo de agua, cuando crece y contagia llega a ser una marea tal que llevará a justificarnos del mal”.

“Todos somos tentados porque la ley de nuestra vida espiritual, de nuestra vida cristiana, es una lucha”. Y lo es en consecuencia del hecho que “el príncipe de este mundo no quiere nuestra santidad, no quiere que sigamos a Cristo”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012

2006

La esclavitud de la mentira

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado iniciamos la Cuaresma, y hoy celebramos el primer domingo de este tiempo litúrgico, que estimula a los cristianos a comprometerse en un camino de preparación para la Pascua. Hoy el evangelio nos recuerda que Jesús, después de haber sido bautizado en el río Jordán, impulsado por el Espíritu Santo, que se había posado sobre él revelándolo como el Cristo, se retiró durante cuarenta días al desierto de Judá, donde superó las tentaciones de Satanás (cf. *Mc* 1, 12-13). Siguiendo a su Maestro y Señor, también los cristianos entran espiritualmente en el desierto cuaresmal para afrontar junto con él “el combate contra el espíritu del mal”.

La imagen del desierto es una metáfora muy elocuente de la condición humana. El libro del Éxodo narra la experiencia del pueblo de Israel que, habiendo salido de Egipto, peregrinó por el desierto del Sinaí durante cuarenta años antes de llegar a la tierra prometida. A lo largo de aquel largo viaje, los judíos experimentaron toda la fuerza y la insistencia del tentador, que los inducía a perder la confianza en el Señor y a volver atrás; pero, al mismo tiempo, gracias a la mediación de Moisés, aprendieron a escuchar la voz de Dios, que los invitaba a convertirse en su pueblo santo.

Al meditar en esta página bíblica, comprendemos que, para realizar plenamente la vida en la libertad, es preciso superar la prueba que la misma libertad implica, es decir, la tentación. Sólo liberada de la esclavitud de la mentira y del pecado, la persona humana, gracias a la obediencia de la fe, que la abre a la verdad, encuentra el sentido pleno de su existencia y alcanza la paz, el amor y la alegría.

Precisamente por eso, la Cuaresma constituye un tiempo favorable para una atenta revisión de vida en el recogimiento, la oración y la penitencia. Los ejercicios espirituales que, como es costumbre, tendrán lugar desde esta tarde hasta el sábado próximo aquí, en el palacio apostólico, me ayudarán a mí y a mis colaboradores de la Curia romana a entrar más conscientemente en este característico clima cuaresmal.

Queridos hermanos y hermanas, a la vez que os pido que me acompañéis con vuestras oraciones, os aseguro un recuerdo ante el Señor a fin de que la Cuaresma sea para todos los cristianos una ocasión de conversión y de impulso aún más valiente hacia la santidad. Con este fin, invoquemos la intercesión materna de la Virgen María.

2009

La ayuda de los ángeles

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy es el primer domingo de Cuaresma, y el Evangelio, con el estilo sobrio y conciso de san Marcos, nos introduce en el clima de este tiempo litúrgico: “El Espíritu impulsó a Jesús al desierto y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás” (*Mc* 1, 12-13). En Tierra Santa, al oeste del río Jordán y del oasis de Jericó, se encuentra el desierto de Judea, que, por valles pedregosos, superando un desnivel de cerca de mil metros, sube hasta Jerusalén. Después de recibir el bautismo de Juan, Jesús se adentró en aquella soledad conducido por el mismo Espíritu Santo que se había posado sobre él consagrándolo y revelándolo como Hijo de Dios.

En el desierto, lugar de la prueba, como muestra la experiencia del pueblo de Israel, aparece con intenso dramatismo la realidad de la *kénosis*, del vaciamiento de Cristo, que se despojó de la forma de Dios (cf. *Flp* 2, 6-7). Él, que no ha pecado y no puede pecar, se somete a la prueba y por eso puede compadecerse de nuestras flaquezas (cf. *Hb* 4, 15). Se deja tentar por Satanás, el adversario, que desde el principio se opuso al designio salvífico de Dios en favor de los hombres.

Casi de pasada, en la brevedad del relato, ante esta figura oscura y tenebrosa que tiene la osadía de tentar al Señor, aparecen los ángeles, figuras luminosas y misteriosas. Los ángeles, dice el evangelio, “servían” a Jesús (*Mc* 1, 13); son el contrapunto de Satanás. “Ángel” quiere decir “enviado”. En todo el Antiguo Testamento encontramos estas figuras que, en nombre de Dios, ayudan y guían a los hombres. Basta recordar el *libro de Tobías*, en el que aparece la figura del ángel Rafael, que ayuda al protagonista en numerosas vicisitudes. La presencia tranquilizadora del ángel del Señor acompaña al pueblo de Israel en todas las circunstancias, tanto en las buenas como en las malas.

En el umbral del Nuevo Testamento, Gabriel es enviado a anunciar a Zacarías y a María los acontecimientos felices que constituyen el inicio de nuestra salvación; y un ángel, cuyo nombre no se dice, advierte a José, orientándolo en aquel momento de incertidumbre. Un coro de ángeles lleva a los pastores la buena nueva del nacimiento del Salvador; y, del mismo modo, son también los ángeles quienes anuncian a las mujeres la feliz noticia de su resurrección. Al final de los tiempos, los ángeles acompañarán a Jesús en su venida en la gloria (cf. *Mt* 25, 31). Los ángeles sirven a Jesús, que es ciertamente superior a ellos, y su dignidad se proclama aquí, en el evangelio, de modo claro aunque discreto. En efecto, incluso en la situación de extrema pobreza y humildad, cuando es tentado por Satanás, sigue siendo el Hijo de Dios, el Mesías, el Señor.

Queridos hermanos y hermanas, quitaríamos una parte notable del Evangelio, si dejáramos de lado a estos seres enviados por Dios, que anuncian su presencia en medio de nosotros y son un signo de ella. Invoquémoslos a menudo, para que nos sostengan en el compromiso de seguir a Jesús hasta identificarnos con él. Pidámosles, de modo especial hoy, que velen sobre mí y sobre mis colaboradores de la Curia romana que esta tarde, como cada año, comenzaremos la semana de ejercicios espirituales. María, Reina de los ángeles, ruega por nosotros.

2012

La humildad nos hace fuertes

Queridos hermanos y hermanas:

En este primer domingo de Cuaresma encontramos a Jesús, quien, tras haber recibido el bautismo en el río Jordán por Juan el Bautista (cf. *Mc* 1, 9), sufre la tentación en el desierto (cf. *Mc* 1, 12-13). La narración de san Marcos es concisa, carente de los detalles que leemos en los otros dos evangelios de Mateo y de Lucas. El desierto del que se habla tiene varios significados. Puede indicar el estado de abandono y de soledad, el «lugar» de la debilidad del hombre donde no existen apoyos ni seguridades, donde la tentación se hace más fuerte. Pero puede también indicar un lugar de refugio y de amparo —como lo fue para el pueblo de Israel en fuga de la esclavitud egipcia— en el que se puede experimentar de modo particular la presencia de Dios. Jesús «se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás» (*Mc* 1, 13). San León Magno comenta que «el Señor quiso sufrir el ataque del tentador para defendernos con su ayuda y para instruirnos con su ejemplo» (*Tractatus XXXIX, 3 De ieiunio quadragesimae*: ccl 138/a, Turnholti 1973, 214-215).

¿Qué puede enseñarnos este episodio? Como leemos en el libro de la *Imitación de Cristo*, «el hombre jamás está del todo exento de las tentaciones mientras vive... pero es con la paciencia y con la verdadera humildad como nos haremos más fuertes que cualquier enemigo» (*Liber I, c. XIII, Ciudad del Vaticano* 1982, 37); con la paciencia y la humildad de seguir cada día al Señor, aprendemos a construir nuestra vida no fuera de Él y como si no existiera, sino en Él y con Él, porque es la fuente de la vida verdadera. La tentación de suprimir a Dios, de poner orden solos en

uno mismo y en el mundo contando exclusivamente con las propias capacidades, está siempre presente en la historia del hombre.

Jesús proclama que «se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios» (Mc 1, 15), anuncia que en Él sucede algo nuevo: Dios se dirige al hombre de forma insospechada, con una cercanía única y concreta, llena de amor; Dios se encarna y entra en el mundo del hombre para cargar con el pecado, para vencer el mal y volver a llevar al hombre al mundo de Dios. Pero este anuncio se acompaña de la petición de corresponder a un don tan grande. Jesús, en efecto, añade: «convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15); es la invitación a tener fe en Dios y a convertir cada día nuestra vida a su voluntad, orientando hacia el bien cada una de nuestras acciones y pensamientos. El tiempo de Cuaresma es el momento propicio para renovar y fortalecer nuestra relación con Dios a través de la oración diaria, los gestos de penitencia, las obras de caridad fraterna.

Supliquemos con fervor a María santísima que acompañe nuestro camino cuaresmal con su protección y nos ayude a imprimir en nuestro corazón y en nuestra vida las palabras de Jesucristo para convertirnos a Él. Encomiendo, además, a vuestra oración la semana de ejercicios espirituales que esta tarde iniciaré con mis colaboradores de la Curia romana.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Con Jesús en el desierto

El Evangelio de hoy comienza con estas palabras:

«En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás».

Esta vez dejamos aparte a Satanás y sus tentaciones; concentrémonos sólo en la frase inicial: «El Espíritu empujó a Jesús al desierto». Estas palabras contienen una llamada importante al inicio de la Cuaresma. Jesús acaba de recibir en el Jordán la investidura mesiánica para llevar la buena noticia a los pobres, sanar los corazones quebrantados y predicar el Reino. Pero, no se apresura a hacer ninguna de estas cosas. Al contrario, obedeciendo a un impulso del Espíritu Santo, se retira al desierto en donde permanece cuarenta días, ayunando, orando, meditando, luchando. Todo esto en profunda soledad y silencio.

En la historia ha habido batallones de hombres y mujeres, que han elegido imitar esto de que Jesús se retire al desierto. En Oriente, comenzando por san Antonio Abad, se retiraban en los desiertos de Egipto o de Palestina; en occidente, en donde no existían desiertos de arena, se retiraban a lugares solitarios, a montes y valles remotos. Todo comenzó con san Benito de Nursia, que hizo de Subiaco el primero de los innumerables lugares solitarios y monasterios, que se habrían distinguido en nuestro continente, contribuyendo de un modo decisivo a su desarrollo cultural y agrícola con el conocido programa de ora et labora, ruega y trabaja, tanto que ha sido proclamado Patrono de Europa.

Pero, la invitación a seguir a Jesús en el desierto no está dirigida sólo a los monjes y a los eremitas. De forma distinta, se dirige a todos. Los monjes y eremitas han escogido un espacio de desierto, nosotros al menos debemos escoger un tiempo de desierto. Transcurrir un tiempo de desierto significa hacer un poco de hueco y de silencio en torno a nosotros, volver a encontrar la vía de nuestro corazón, sustraerse del ruido y de las solicitudes externas, para entrar en contacto con las fuentes más recónditas de nuestro ser.

Este significado positivo del desierto –distinto del negativo de lugar árido, sin vida, sin comunicaciones– está presente ya en la Biblia. Por ejemplo, cuando Dios, hablando de su pueblo como de una esposa, dice:

«Me la llevará al desierto, le hablaré al corazón» (Oseas 2,16).

La Cuaresma es la ocasión que la Iglesia ofrece a todos, indistintamente, para hacer un tiempo de desierto en el ambiente mismo en el que viven sin necesidad de retirarse a un lugar solitario. Vivida bien, es una especie de cura de desintoxicación del alma. Si no existiese la Cuaresma, hoy sería necesario inventarla nosotros. En efecto, en la tierra no hay sólo la intoxicación de óxido de carbono; existe también la intoxicación por exceso de ruidos y de luces. Estamos todos un poco como borrachos de bullicio. No son sólo los creyentes quienes sienten necesidad de tiempos de recogimiento y de soledad, sino toda persona consciente de tener un espíritu, un alma o, al menos, una libertad, que proteger y defender. ¡También el espíritu tiene derecho a sus vacaciones!

El hombre envía sus sondas hasta la periferia del sistema solar; pero, ignora, las más de las veces, lo que hay en su corazón. Evadirse, distraerse, divertirse: son todas ellas palabras que indican un salirse de sí mismo, un sustraerse a la realidad. Existen espectáculos «de evasión» (la TV nos los ofrece a raudales), literatura «de evasión». En inglés, todo este género es llamado, significativamente, *fiction*, ficción. Preferimos vivir en la ficción, más que en la realidad. Se habla hoy tanto de «alienígenas»... mas, ajenos o alejados, lo somos ya por cuenta nuestra en nuestro mismo planeta, sin necesidad de que vengan otros desde fuera.

Los jóvenes son los más expuestos a esta borrachera de bullicio. «Abrumadlos de trabajo –decía el faraón a sus ministros– para que estén ocupados y no hagan caso de las palabras mentirosas» de Moisés y no piensen en sustraerse a la esclavitud (cfr. Éxodo 5, 9). Los «faraones» de hoy dicen, de un modo tácito, pero no menos perentorio: «Abrumadlos en el bullicio a estos jóvenes, para que estén aturcidos, de modo que no piensen, no decidan por cuenta propia, sino que sigan la moda, compren lo que nosotros queremos, consuman los productos que nosotros decimos».

¿Qué hacer? No pudiendo ir nosotros al desierto, es necesario hacer algo de desierto dentro de nosotros. ¿Cómo? La tradición cristiana nos ofrece la respuesta con una palabra: el ayuno. Sólo que existen muchos tipos de ayuno. En un tiempo, con la palabra ayuno, se entendía sólo a limitarse en las comidas y a abstenerse de carnes. Este ayuno alimentario conserva aún su validez y está altamente recomendado, cuando es hecho con espíritu de sacrificio, para mortificar la gula y tener algo más para compartir con quien muere de hambre, y no únicamente para mantener la línea.

A pesar de todo, esto no es hoy el ayuno más necesario. Ninguna comida, decía Jesús, es por sí misma impura, sino lo que entra en el estómago es lo que mancha al hombre. Más necesario que el ayuno de comidas es el ayuno de murmuraciones, de bullicio y sobre todo de imágenes. Vivimos en una civilización de la imagen; hemos llegado a ser devoradores de imágenes. A través de la televisión, la prensa, la misma realidad, dejamos entrar imágenes a oleadas dentro de nosotros. Muchas de ellas son malsanas, transportan violencia y maldad, no hacen más que incitar a los peores instintos, que llevamos dentro. Están elaboradas expresamente para seducir. Pero, quizás lo peor es que dan una idea falsa e irreal de la vida con todas las consecuencias, que se derivan en el impacto después con la realidad. Se pretende que la vida ofrezca todo lo que la publicidad presenta.

Si no creamos un filtro, una barrera, reduciremos en breve tiempo nuestra fantasía y nuestra alma en un estercolero. Las imágenes perversas, apenas llegadas dentro de nosotros, no mueren sino que fermentan. Se transforman en impulsos de imitación, condicionan terriblemente nuestra libertad. Sabemos qué significa esto especialmente para los adolescentes y los jóvenes. Se debieran haber

secuestrado determinados film, porque había personas inestables que venían empujadas irresistiblemente a repetir lo que habían visto, también hasta lo más absurdo, como arrojar pedruscos sobre los automóviles en circulación desde puentes superiores.

Cuando sopla el viento de siroco, cargado de arena del Sahara, nadie tiene las ventanas abiertas de par en par, si no quiere encontrárselo todo en la casa recubierto de polvo. Es necesario un control asimismo sobre lo que dejamos entrar a través de nuestros ojos. Una vez alguien me objetó: «Pero, ¿no es Dios el que ha creado el ojo para mirar todo lo que de bello hay en el mundo?» «Sí, le respondí, pero ¡el mismo Dios que ha creado el ojo para mirar, ha creado también los párpados para cubrirlo! Y sabía lo que hacía». Otro de estos ayunos alternativos, que podemos hacer durante la Cuaresma, es el de las palabras feas. San Pablo recomendaba:

«No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchen» (Efesios 4, 29).

Cada uno escribió aquella frase de san Pablo y la pegó en un lugar bien visible de su casa. Y fue una Cuaresma bendita.

Palabras malas o feas no son sólo las palabrotas; son también las palabras cortantes, negativas, que sistemáticamente ponen en evidencia el lado débil del hermano, palabras de crítica, de sarcasmo. En la vida de una familia o de una comunidad, estas palabras tienen el poder de hacer que cada uno se encierre en sí mismo, de congelar, creando amargura y resentimiento. A la letra, «mortifican», esto es, dan muerte. Santiago decía que la lengua está llena de veneno mortal; con ella podemos bendecir a Dios o maldecirlo, resucitar a un hermano o matarlo. Una palabra puede hacer más daño que un puñetazo.

Decía yo que, no pudiendo ir nosotros al desierto, la alternativa es hacer un poco de desierto en torno a nosotros. San Francisco de Asís nos da a este propósito una sugerencia práctica. «Nosotros –decía– tenemos un desierto siempre con nosotros; allá donde andemos y cada vez que lo queramos podemos encerramos en él como ermitaños. ¡El desierto es nuestro cuerpo y el alma es la ermita que vive allí dentro!» En este desierto, por así decirlo, portátil, podemos entrar sin hacerlo notar a nadie, hasta mientras viajamos en un autobús llenísimo de gente. Todo consiste en saber de vez en cuando «entrar en sí mismos».

Terminemos escuchando como dirigidas a nosotros, al comienzo de esta Cuaresma, las palabras de san Anselmo de Aosta:

«Ea, pues, mísero mortal, huye por breve tiempo de tus ocupaciones, deja por un poco de tiempo tus pensamientos tumultuosos. Aleja en este momento los graves afanes y pon aparte tus fatigosas actividades. Escucha un poco a Dios y descansa en él. Entra en lo íntimo de tu alma, apártalo todo, excepto a Dios y lo que te ayuda a buscarlo y, cerrada la puerta, dile a Dios: Busco tu rostro. Tu rostro busco, Señor».

Un año, al comienzo de la Cuaresma, una comunidad de laicos se preguntaba qué hacer, como gesto común, para santificar este tiempo. Debieron descartar de inmediato el ayuno de comidas, porque había algunas madres en gravidez o espera o con niños que amamantar. Entonces, decidieron tomar como programa aquellas palabras del Apóstol y hacer juntos un ayuno de palabras malas.

¡Que el Espíritu que «condujo a Jesús al desierto» nos conduzca también a nosotros, nos asista en la lucha contra el mal y nos prepare a celebrar la Pascua renovados en el espíritu!

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Medios para vencer las tentaciones

Nos ofrece el Santo Evangelio de la Misa en este primer domingo de Cuaresma un momento de la vida del Señor, anterior al comienzo de su vida pública. Aparece Jesús, semejante en esto a todos los hombres menos en el pecado, sufriendo tentaciones. No explica san Marcos de qué modo fue tentado, ya lo hacen san Mateo y san Lucas, nos basta por ello en este día con reflexionar, en la presencia de Dios, sobre la realidad de la tentación: como Jesús fue tentado y, superando esa prueba, rechazó a Satanás que quería apartarle de Dios, así nosotros, rechazando con decisión lo que nos pueda desviar del camino de la santidad, imitamos a Cristo y nos asemejamos más y más al ideal humano y divino que nos vino a traer al mundo.

La tentación es permanente en nuestra vida. Casi de continuo notamos la posibilidad, la inclinación incluso, de buscar la complacencia personal aun a costa de dejar de lado lo que Dios espera. También reconocemos, y es precisamente esto lo que da la grandeza a la vida del hombre, una continua ocasión de agradar a Dios, de amarle, hasta en las circunstancias más corrientes de la vida, por intrascendentes que a primera vista pudieran parecer. Es como la otra cara de la misma moneda, pues, como afirma una antigua antífona litúrgica: **“Quien sufre tentación es dichoso, pues, al ser probado y vencer, recibirá la corona de la vida”**.

La tentación, la posibilidad de preferir nuestro gusto a lo que Dios desea, es, en todo caso, una realidad siempre presente en nuestra vida. Es claro, sin embargo, que la ilusión del hombre que se sabe cristiano será moverse por impulsos positivos: filialmente atraído por el Amor de Dios Padre que nos invita a su intimidad. Pero, de hecho, ¿con cuánta frecuencia nos hemos alejado de ese Padre que tanto nos quiere! Es posible que casi siempre se trate de pequeños distanciamientos que no nos impiden la visión de Nuestro Señor, y nos pasa casi sin darnos cuenta. Otras veces, en cambio, el apartamiento es total: el pecado grave destruye la relación con Dios que, de ordinario, sólo se puede recuperar en el sacramento de la Penitencia.

San Marcos menciona a Satanás como autor de las tentaciones. No es que el diablo sea siempre el origen directo de esa inclinación al mal que nos aparta de Dios. En este caso, sin embargo, se le menciona expresamente como provocador del pecado. Aparece como un ser personal que busca el mal del hombre al intentar desposeerle de su mayor gloria: la amistad con el Creador, el gozo de sentirnos amados por nuestro Padre Dios y de amarle. El diablo existe, no podemos olvidarlo, aunque no deba obsesionarnos su existencia ni preocuparnos especialmente. Es un ser espiritual y desgraciado que no puede amar, que odia a Dios, y a los hombres, porque somos hijos de Dios, destinados a su intimidad.

Es uno de los tres enemigos del hombre, junto al mundo y la carne. De estos tres enemigos procede todo lo que nos aparta de Dios y, por lo tanto, lo que nos hace desgraciados. El mundo el demonio y la carne son las tres tentaciones. El mundo es el poder, la riqueza y la fama, en sus diversas modalidades, cuando los preferimos a Dios. La carne es la sensualidad en su sentido más amplio: además de la lujuria, lo que es recreo de los sentidos y la comodidad, cuando por ello incumplimos el orden natural de la ley divina. El demonio es Satanás, que directamente o sirviéndose de otras personas o circunstancias de la vida, puede inducirnos a pecar. La tentación diabólica se reconoce por su obstinación, por su clarísima maldad, y por lo irracional del pecado a que, sin embargo, induce.

Está cerca el Reino de Dios; haced penitencia y creed en el Evangelio. Que no queramos nunca olvidar esto. Las primeras palabras de la predicación de Jesús son decisivas para valorar su

mensaje. Por encima de nuestra flaqueza, por encima de nuestros enemigos, que quieren apartarnos de Dios, muy por encima de Satanás, está Jesucristo, Dios y hombre, que vino, poderoso, para hacernos partícipes de su Reino, del Reino de Dios. Si ponemos nuestra ilusión, nuestro corazón, en Él, no tendremos de ordinario que preocuparnos apenas de las tentaciones. El trabajo nuestro por la santidad será siempre positivo: un empeño alegre aunque esforzado de amor. También con penitencia, como nos aconseja el Señor: **haced penitencia y creed en el Evangelio**, porque tendremos que rectificar humildemente los errores y desagraviar con el sacrificio nuestras faltas de correspondencia.

No olvidemos, por otra parte, que si hay ángeles caídos: los demonios, que quieren apartarnos de Dios, también hay ángeles de la guarda, ángeles custodios que nos ayudan a caminar hasta el Cielo. Bueno es que fomentemos su devoción para lograr su auxilio en nuestra lucha por la santidad. También debemos invocar a los custodios de los nuestros, para que les asistan en sus necesidades materiales y espirituales. Podemos pedir a los ángeles, para nuestros familiares y amigos, que les ayuden, quizá como querríamos nosotros hacerlo, pero no podemos por la distancia o por cualquier otra razón.

A Santa María, Reina de los Ángeles, nos encomendamos, para que ellos nos hagan ver con claridad cada ocasión de apartarnos de Dios, y que también es, siempre y sobre todo, una oportunidad de amarle.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Conversión: ¿por quién doblan las campanas?

Después que Juan fue arrestado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio de Dios y decía: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el evangelio”. Hoy debemos concentrar toda nuestra atención en estas pocas líneas del pasaje evangélico. Al comienzo de Cuaresma, la liturgia nos proclama el comienzo del evangelio (en esas palabras hay un eco de la primerísima predicación de Jesús) como para invitarnos a ponernos de nuevo en el seguimiento de Cristo, como si fuera la primera vez, y a dejarnos evangelizar de nuevo.

En la cumbre del evangelio está –como lo hemos oído– la solemne y austera palabra: *conversión*. La Biblia narra el caso de Jonás que es enviado por Dios a predicar la conversión en la grande y corrompida ciudad de Nínive. Pero antes de ir, el profeta intenta huir por mar porque la empresa de predicar la conversión en una metrópoli en la cumbre de su opulencia y disipación lo aterra. Es el mismo sentimiento de desaliento que experimenta también hoy el predicador del evangelio. La tentación es fuerte en este momento histórico. Estamos atravesando tiempos inquietos. La gente está llena de pensamientos graves y de miedos y el carnaval ciertamente no bastó para disiparlos. Si dependiera de nosotros, escogeríamos todos los domingos la lectura de Isaías que comienza diciendo: *Consuelen, consuelen a mi pueblo –dice su Dios–. Hablen al corazón de este pueblo afligido y díganle: Animo, terminó tu esclavitud* (cfr. Is. 40, 1 ssq). En cambio, abrimos el evangelio de hoy, y ¿qué leemos? *Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca: conviértanse y crean en el evangelio*. También para nosotros, pues, como para los ninivitas: ¡conversión! Debemos resignarnos a oír de nuevo, al inicio de cada ciclo litúrgico, esta palabra. Hoy, empero, queremos aprovechar la ocasión para ir al fondo de la cosa y ver qué significa en realidad esta palabra con la cual Jesús empezó a hablar a los hombres.

Detrás de la palabra castellana “conversión”, está casi siempre en el Nuevo Testamento, la palabra griega *metanoia*: una palabra que traducida significa “revolución mental”. Se puede uno

sorprender de esta traducción, pero es una traducción literal: *meta* es una preposición que significa cambio de movimiento; *noia* es un sustantivo y significa mente.

También el evangelio conoce y predica por tanto una revolución. Pero la revolución ¿de qué? Hoy, se habla mucho de revolución. Por algún tiempo, el campo fue dominado por la idea de una revolución social o proletaria; después, llegó el turno para la revolución cultural; ahora, cosa extraña, parece que la revolución más importante es la sexual o de las costumbres. Estas revoluciones tienen una cosa en común: todas son contra algo y contra los otros; la otra clase, el otro sexo. En todo caso, contra algo externo al hombre o supuesto como tal: las estructuras, las cosas, las costumbres (ya que se reacciona contra las costumbres de la sociedad, no contra las propias).

La revolución evangélica es distinta por dos razones fundamentales: es revolución primariamente interior (de la mente) y es revolución contra uno mismo. Y en realidad –como decía san Juan Bautista– “el hacha ya está puesta a la raíz” (Mt. 3,10). ¡Y la raíz del propio árbol, no del árbol ajeno! Porque la raíz de todos los males está ahí, en el hombre, en su libertad enferma. Es desde dentro, es decir, del corazón del hombre –decía Jesús– que salen las malas intenciones: fornicaciones, hurtos, engaños, homicidios, adulterios, codicias, maldades (cfr. Mc. 7,21). Y Santiago añade: *¿De dónde provienen las guerras y los litigios (hoy se podría añadir: la injusticia, el odio y la violencia) que hay en medio de ustedes? ¿No provienen quizás de sus pasiones que combaten en sus miembros?* (Snt. 4,1 ssq). Toda revolución que no parta de aquí, sino que sólo trata de abatir las estructuras, es una pseudo revolución que deja las cosas o las hace volver pronto al punto anterior. Es un golpear el agua. Es un luchar contra los molinos de viento como en Don Quijote.

¿A quién llama a conversión el evangelio de hoy? ¿Por quién doblan las campanas? Se podría preguntar con una frase conocida. Suenan por nosotros, los cristianos. El juicio debe comenzar por la casa de Dios (cfr. 1 Pe. 4,17). En el Antiguo Testamento, en los momentos de crisis y de calamidad nacional, cuando todos se desahogaban en lamentos y maldiciones contra los pueblos vecinos que oprimían a Israel, se levantaban a menudo los profetas y dirigían el discurso sobre el mismo Israel: Eres tú –decían– el que ha pecado; es por tu causa que te ha sucedido esto. Eres tú el que debe convertirse. Y exhortaban: Volvamos al Señor con todo el corazón, con ayunos, llantos y lamentos; quizás cambie y se aplaque y nos dé de nuevo su bendición (cfr. Joel 2,12 ssq). El lamento se cambia en confesión como sucede en el profeta Baruc que dice: “Al Señor, nuestro Dios, la justicia, a nosotros el deshonor en el rostro, porque hemos ofendido al Señor y le hemos desobedecido; cada uno de nosotros siguió las perversas inclinaciones de su corazón” (cfr. Bar. 2,6 ssq).

También en el tiempo de Jesús todos esperaban que el Mesías al venir, predicara la guerra santa contra los paganos; en cambio, él declara haber venido para llamar a la penitencia a las ovejas perdidas de Israel (cfr. Mt. 15,24). En vez de gritar: Ay de ustedes, extranjeros que ocupan la Palestina, Él gritó: *¡Ay de ustedes, escribas y fariseos!* (Mt. 23,14) *¡Ay de ti Corozáin!* *¡Ay de ti Betsaida!* (Mt. 11,21). Frente a la invitación a la conversión no hay excusa que valga; ni sirvió a los hebreos decir: *¡Somos hijos de Abraham!* (cfr. Mt. 3,) y no nos sirve tampoco a nosotros decir: Somos hijos de la Iglesia (sobrentendiendo: la conversión es para los otros, para los lejanos, no para nosotros).

Si es por nosotros que suenan las campanas en este comienzo de Cuaresma ¿qué debemos hacer? Es la pregunta que surge espontáneamente apenas se acoge la invitación a la conversión; la formuló Pablo mientras estaba todavía tirado por el caballo en la tierra, la dirigieron a los apóstoles los primeros oyentes del anuncio: *¿Qué debemos hacer, hermanos?* (Hech. 2,37).

Afortunadamente, Jesús no nos deja a oscuras acerca de esto; no nos dice sólo qué debemos destruir (como hacen de costumbre los pequeños revolucionarios a nuestro alrededor), sino también qué debemos construir: es decir, no sólo de qué debemos convertirnos, sino también a qué debemos convertirnos. Conviértanse y crean en el evangelio. Todo está encerrado en esta frase de gran contenido. Creer en el evangelio significa acoger la buena nueva, o –como decía Jesús mismo– acoger el Reino y acogerlo “como un niño” (Mt 10,15); es decir como un niño acoge la vida que se le da y se sumerge en ella sin discutirla, con entusiasmo y alegría. Si no se convierten y no llegan a ser como niños, no entrarán en el Reino de los cielos (Mt. 18,3). Convertirse significa, entonces, en cierto sentido, hacerse pequeño y simple (se entiende respecto de la falsa grandeza y la falsa sabiduría); estar dispuesto a perderlo todo, dejar de sentirse el centro del universo con todos los demás obligados a circular en torno de nosotros. Convertirse –se ha dicho con profunda verdad– es descentrarse de sí mismo, para recentrarse en Dios (T. de Chardin), es decir, poner a Dios y a su Reino en ese centro de convergencia de los pensamientos y de las intenciones que habitualmente está ocupado por nuestro tenaz “yo”.

Sólo en un segundo momento creer en el evangelio significa otras cosas más específicas y más prácticas, como creer en la doctrina y en los valores que él expresa (por ej. en las bienaventuranzas); basar en él los propios juicios y las propias opciones; imitar a Jesús, amar, perdonar, etc.

El evangelio nos ofrece toda una serie de ejemplos concretos de conversión, en algunos de los cuales es tal vez posible reconocer nuestro propio caso: ¿Qué significó, por ejemplo, para Zaqueo, el publicano, convertirse y creer en el evangelio y qué puede significar para quien se encuentra hoy en las mismas condiciones (operadores económicos, administradores públicos, gente que maneja plata propia y ajena)? Si defraudé a alguien, restituyo cuatro veces más (Lc. 19,8): responder a las exigencias de la justicia, dejar de explotar al prójimo y reparar, si es necesario, las injusticias cometidas, sin engañarse pensando “encontrar la salvación” en otras cosas, dando un rodeo, haciendo por ejemplo, limosnas y beneficencia.

¿Qué significó convertirse y creer en el evangelio para la pecadora que fue a buscar a Jesús a la casa de Simón (cfr. Lc. 7.36)? Significó llorar a los pies de Jesús, comenzar a amar de una manera distinta, cambiar de vida. ¡Las mismas cosas que Jesús pide hoy a quien se encuentra en su situación, mujeres y hombres por igual! y no es necesario que se trate de pecadoras o pecadores públicos; a quien lleva a escondidas una vida deshonesta, recurriendo a mil subterfugios para conservar junto el pecado y el buen nombre; a quien llena la propia vida de pecados carnales; a quien mancilla el propio matrimonio con infidelidades, Jesús le pide la misma cosa: arrepentimiento y la decisión de no pecar más.

¿Qué significó para Saulo de Tarso convertirse y creer en el evangelio? Significó abandonar la carrera de docto, los proyectos humanos y religiosos, las ambiciones y las compañías de otros tiempos; significó llegar a ser necio por amor a Cristo, dejándose aferrar por él sin resistir.

En la liturgia de las Cenizas con la que el otro día se inauguró el camino cuaresmal, la Iglesia nos ha dirigido urgentes invitaciones que no debemos dejar caer en el vacío: *Les suplicamos en nombre de Cristo: déjense reconciliar con Dios*, nos decía Pablo (2 Cor. 5,20); *Hoy, si han escuchado la voz del Señor, no endurezcan sus corazones* (cfr. Salm. 95,8). La campana que suena hoy para llamarnos a la conversión, mañana sonará para llamar a los otros a despedirse de nosotros de este mundo; que no suceda que el día de la muerte nos sorprenda de improviso y nosotros, presa de temor, busquemos afanosamente un espacio de penitencia, tal vez sólo una Cuaresma más o una semana más y no la encontremos.

No estamos solos en este esfuerzo: Cristo viene con nosotros al desierto para luchar contra el mal que está dentro de nosotros. Él –nos dijo Pedro en la segunda lectura– ha muerto una vez por todas por nuestros pecados, justo por los injustos precisamente para esto, para reconducirnos a Dios, es decir, para hacer posible nuestra conversión.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de S. Andrés “delle Fratere” (28-II-1982)

– Cristo salva con su Pasión y Resurrección

Las Palabras del Evangelista Marcos aluden al ayuno de Jesús de Nazaret durante cuarenta días, que cada año se refleja en la liturgia de la Cuaresma: “El Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían” (Mc 1,12).

Después, tras el encarcelamiento de Juan Bautista, Jesús fue a Galilea y comenzó a enseñar. Decía: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en la Buena noticia” (Mc 1,15).

El ayuno de cuarenta días de Jesús de Nazaret fue una introducción al anuncio del Evangelio del reino de Dios. Este ayuno ha marcado el camino de la fe en las almas de los hombres, sin el que el Evangelio del reino queda cual grano arrojado en tierra estéril.

Este comienzo del Evangelio del reino, que llega a la Iglesia a través del ayuno de cuarenta días, la liturgia de hoy lo compara al arco iris que fue signo de alianza de Dios con los descendientes de Noé después del diluvio.

Con el Arca de Noé se compara también en la primera Carta de San Pedro Apóstol la Iglesia, en la que Cristo actúa incesantemente la obra de la redención, tras haber obtenido la victoria sobre la muerte y el pecado.

Pero el Arca de Noé fue un espacio cerrado. La obra de Cristo es ilimitada en el espacio y tiempo. La Iglesia está al servicio de esta obra como signo e instrumento.

Cristo, muerto una vez para siempre por los pecados, Justo por los injustos, para volvernos a llevar a Dios.

Cristo, sentado a la diestra de Dios porque subió a los cielos donde le están sometidos los Ángeles, Potestades y Dominaciones.

Este Cristo, en el Espíritu Santo, “fue a proclamar su mensaje a los espíritus encarcelados que en un tiempo habían sido rebeldes” (1 Pe 3,19), igual que en los días de Noé.

El mismo Cristo en el bautismo nos salva, es decir, nos redime, “no limpiando una suciedad corporal, sino impetrando de Dios una conciencia pura” (cf. 1 Pe 3,21): nos salva y redime gracias a su resurrección.

– El ayuno

De este modo, pues, la liturgia de este domingo inaugura el ayuno de la Cuaresma, basándose primero en el ejemplo de Cristo y luego en el poder redentor de Cristo que actúa en su Iglesia y en todo lo creado; en su poder redentor y santificador.

La Cuaresma es el camino que se abre ante nosotros.

Y por esto la Iglesia ora así hoy: “Señor enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas. Haz que camine en la verdad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador; en ti he esperado siempre” (Sal 25, 4-5).

La Cuaresma es la vía de la verdad, es el tiempo de despertar de las conciencias.

El hombre debe encontrarse en toda su verdad ante Dios. Asimismo debe releer la verdad en las enseñanzas divinas, de los mandatos divinos, de la voluntad divina; debe confrontar con estos la propia conciencia.

Por aquí pasa el camino de la salvación. Es el camino de la esperanza.

Y la Iglesia sigue orando de este modo: “Acuérdate, Señor, que tu ternura y tu fidelidad son eternas. Acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor” (Sal 25,6-7). La Cuaresma es la vía de la verdad, el tiempo del despertar de las conciencias.

Pero sobre todo es el camino del amor y de la misericordia. Sólo mediante el amor, la verdad despierta al hombre a la vida. Sólo el amor, que es misericordia, enciende la esperanza.

El ayuno de la Cuaresma es un gran grito de Amor. Grito penetrante. Grito definitivo. Es el gran tiempo de la misericordia.

Y por ello la Iglesia sigue pidiendo en la liturgia de hoy: “El Señor es bueno, es recto, y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes” (Sal 25,8-9).

– Humildad y contrición

La Iglesia pide humildad para el corazón humano. Ora para que a través de la humildad el hombre se encuentre en la verdad, para que se encuentre en la verdad interior, y así llegue a encontrarse con el amor que es más fuerte que el pecado y la muerte, más fuerte que todos los males; para que se deje guiar por la Palabra divina. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4).

Debemos repetir las palabras de San Pedro, Obispo de la Iglesia de Roma: “Cristo murió por los pecados de una vez para siempre, el inocente por los culpables para conducirnos a Dios” (1 Pe 3,18)

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez

Con la ceremonia de la imposición de la Ceniza, el Miércoles pasado, comenzaba la Cuaresma, tiempo de preparación para la gran Solemnidad de la Pascua del Señor, su paso de la muerte a la vida, anticipo del que esperamos dar también nosotros. Un tiempo litúrgico fuerte que recuerda los cuarenta años de peregrinación del pueblo de Dios por el desierto hacia la Tierra Prometida; los cuarenta días de Moisés y Elías previos al encuentro con Dios; los de Jonás para alcanzar la penitencia y el perdón; y, sobre todo, los de Jesús antes del comienzo de su ministerio público. Un tiempo, pues, de profunda renovación interior.

La Iglesia hace un llamamiento apremiante a cada uno de nosotros para que, así como Jesús se entregó por espacio de cuarenta días a un ayuno riguroso y rechazó las tentaciones del enemigo, de igual modo nosotros ayunemos de toda palabra u obra que no sea grata a Dios, preparándonos con

sinceridad de corazón a las celebraciones pascuales, preludio de la Pascua eterna que disfrutaremos un día.

En nuestra vida cristiana no debe extrañarnos la tendencia a la comodidad egoísta. El Señor permite la tentación porque, al superarla con la ayuda de su gracia, ella hace a la persona más madura, más comprensiva, más realista, encaminándola así hacia la eternidad. “Dichoso el varón que soporta la tentación porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman” (Sant. 1, 12).

Cuaresma. Una oportunidad de oro para practicar por amor a Dios la oración, el ayuno y la limosna. Oración para conocer y amar cada día más a Jesucristo. Ayuno, no tanto del alimento cuanto de todo aquello que sabemos que desagrada a Dios. Limosna que, por ser un ejercicio de la virtud de la caridad, permite que nos acerquemos a la cumbre del vivir cristiano, porque la plenitud de la Ley de Dios es el amor.

Cuaresma. Una invitación a una profunda conversión que se traduzca en una piedad más sincera y constante, no abandonando la meditación de la Palabra de Dios, la Sta Misa y la Comunión con Él por motivos banales. Conversión que se refleje en un trabajo hecho de la mejor manera que sepamos y podamos, con ilusión por la obra bien hecha. Conversión que nos lleve a afrontar con ánimo deportivo las contrariedades y roces propios de toda convivencia, no volcando en los demás el vinagre del mal humor, del resentimiento. Conversión que lleve a una guarda decidida de los sentidos para proteger al corazón de la basura moral que, a veces, impregna el ambiente que nos rodea. En pocas palabras: en un empeño sostenido por apartar de nosotros pautas de comportamiento que desdican de la conducta de un buen cristiano.

Decidámonos a acompañar estos días a Jesús contemplando su entereza al acercarse el momento de su Pasión y Muerte, valiéndonos de ese piadoso y estimulante ejercicio del Via Crucis, de la consideración de los Misterios de Dolor del Sto. Rosario, o de la lectura atenta de esas horas de dolor que nos ofrecen los Evangelistas.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Tentado para parecerse a nosotros; vencedor para que nos parezcamos a Él”

* Gn 9,8-15: “El pacto de Dios con Noé salvado del diluvio”

* Sal 24,4bc-5ab.6-7bc.8-9: “Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad, para los que guardan tu alianza”

* 1P 3,18-22: “Actualmente os salva el bautismo”

* Mc 1,12-15: “Se dejaba tentar por Satanás, y los ángeles le servían”

Las palabras de Dios a la salida de Noé del Arca muestran que, mientras para los paganos la tormenta y la lluvia son señales de una ira imparable, aquí es Dios quien toma la iniciativa y ofrece su pacto (Alianza) figurada en el Arco Iris. El Señor no destruirá nada, ni hombres ni ser viviente alguno.

Para san Pedro, Noé es anuncio profético de Cristo: salvado de las aguas, es Cabeza de una humanidad que se libra del Diluvio. También hay cierta referencia a la Pascua (Muerte/Resurrección): las aguas ahogan y destruyen, pero también son causa de la vida.

El episodio del desierto de san Marcos, nos trae a la memoria el Éxodo y la experiencia del Pueblo de Dios en él. Pero lo fundamental es la llamada a la conversión. El “se ha cumplido el plazo” se plantea como llamamiento. Dios sabe aguardar, espera pacientemente la respuesta del hombre. Que Dios espere es señal de que quiere hacer al hombre la posibilidad de su conversión.

La tentación de sentirse instalado, acomodado, definitivamente situado, nos asalta a cualquiera en cualquier momento. Difícilmente cabe que así se sienta la posibilidad de cambiar. Que el Evangelio invite a confrontar la vida del creyente es exponente de cambio y conversión.

– El Reino de Dios está cerca:

“Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15). «Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre inauguró en la tierra el Reino de los cielos» (LG 3). Pues bien, la voluntad del Padre es «elear a los hombres a la participación de la vida divina» (LG 2). Lo hace reuniendo a los hombres en torno a su Hijo Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra «el germen y el comienzo de este Reino» (LG 5)” (541).

– Las tentaciones de Jesús:

“Los Evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto... Al final de este tiempo, Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios. Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, y el diablo se aleja de Él «hasta el tiempo determinado» (Lc 4,13)” (538).

– “«No entrar en la tentación» implica una decisión del corazón: «Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores» (Mt 6, 21-24). «Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este «dejarnos conducir» por el Espíritu Santo” (2848).

– “Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres... En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrimos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado” (Orígenes, or. 29) (2847).

La conversión no nos libra de la tentación, pero al que vuelve su corazón a Dios, Dios le regala la victoria de Jesucristo.

DEL DIRECTORIO HOMILÉTICO, Apéndice I

CEC 394, 538-540, 2119: la tentación de Jesús

CEC 2846-2949: “No nos dejes caer en la tentación”

CEC 56-58, 71: la Alianza con Noé

CEC 845, 1094, 1219: el Arca de Noé prefigura la Iglesia y el Bautismo

CEC 1116, 1129, 1222: Alianza y sacramentos (especialmente el Bautismo)

CEC 1257, 1811: Dios nos salva por medio del Bautismo

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Las tentaciones de Jesús

– El Señor permite que seamos tentados para que crezcamos en las virtudes.

I. “La Cuaresma conmemora los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto, como preparación de esos años de predicación, que culminan en la Cruz y en la gloria de la Pascua. Cuarenta días de oración y de penitencia. Al terminar, tuvo lugar la escena que la liturgia de hoy ofrece a nuestra consideración, recogiénola en el Evangelio de la Misa: las tentaciones de Cristo¹.

Una escena llena de misterio, que el hombre pretende en vano entender –Dios que se somete a la tentación, que deja hacer al Maligno–, pero que puede ser meditada, pidiendo al Señor que nos haga saber la enseñanza que contiene².

Es la primera vez que interviene el diablo en la vida de Jesús, y lo hace abiertamente. Pone a prueba a Nuestro Señor; quizá quiere averiguar si ha llegado ya la hora del Mesías. Jesús se lo permitió para darnos ejemplo de humildad y para enseñarnos a vencer las tentaciones que vamos a sufrir a lo largo de nuestra vida: “como el Señor todo lo hacía para nuestra enseñanza –dice San Juan Crisóstomo–, quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate con el demonio, a fin de que los bautizados, si después del bautismo sufren mayores tentaciones, no se turben por eso, como si no fuera de esperar³. Si no contáramos con las tentaciones que hemos de padecer abriríamos la puerta a un gran enemigo: el desaliento y la tristeza.

Quería Jesús enseñarnos con su ejemplo que nadie debe creerse exento de padecer cualquier prueba. “Las tentaciones de Nuestro Señor son también las tentaciones de sus servidores de un modo individual. Pero su escala, naturalmente, es diferente: el demonio no va a ofreceros a vosotros ni a mí –dice Knox– todos los reinos del mundo. Conoce el mercado y, como buen vendedor, ofrece exactamente lo que calcula que el comprador tomará. Supongo que pensará, con bastante razón, que la mayor parte de nosotros podemos ser comprados por cinco mil libras al año, y una gran parte de nosotros por mucho menos. Tampoco nos ofrece sus condiciones de modo tan abierto, sino que sus ofertas vienen envueltas en toda especie de formas plausibles. Pero si ve la oportunidad no tarda mucho en señalarnos a vosotros y a mí cómo podemos conseguir aquello que queremos si aceptamos ser infieles a nosotros mismos y, en muchas ocasiones, si aceptamos ser infieles a nuestra fe católica⁴.”

El Señor, como se nos recuerda en el Prefacio de la Misa de hoy, nos enseña con su actuación cómo hemos de vencer las tentaciones y además quiere que saquemos provecho de las pruebas por las que vamos a pasar. Él “permite la tentación y se sirve de ella providencialmente para purificarte, para hacerte santo, para desligarte mejor de las cosas de la tierra, para llevarte a donde Él quiere y por donde Él quiere, para hacerte feliz en una vida que no sea cómoda, y para darte madurez, comprensión y eficacia en tu trabajo apostólico con las almas, y... sobre todo para hacerte humilde, muy humilde⁵. *Bienaventurado el varón que soporta la tentación –dice el Apóstol Santiago– porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman⁶.*

– Las tentaciones de Jesús. El demonio nos prueba de modo parecido.

II. El demonio tienta aprovechando las necesidades y debilidades de la naturaleza humana.

El Señor, después de haber pasado cuarenta días y cuarenta noches ayunando, debe encontrarse muy débil, y siente hambre como cualquier hombre en sus mismas circunstancias. Este

¹ Cfr. Mt 4, 1-11

² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 61

³ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilias sobre San Mateo*, 13, 1

⁴ R. A. KNOX, *Sermones pastorales*, p. 79

⁵ S. CANALS, *Ascética Meditada*, 14ª ed., Madrid 1980, p. 127

⁶ *Sant* 1, 12

es el momento en que se acerca el tentador con la proposición de que convierta las piedras que allí había en el pan que tanto necesita y desea.

Y Jesús ***no sólo rechaza el alimento que su cuerpo pedía, sino que aleja de sí una incitación mayor: la de usar del poder divino para remediar, si podemos hablar así, un problema personal (...).***

Generosidad del Señor que se ha humillado, que ha aceptado en pleno la condición humana, que no se sirve de su poder de Dios para huir de las dificultades o del esfuerzo. Que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento⁷.

Nos enseña también este pasaje del Evangelio a estar particularmente atentos, con nosotros mismos y con aquellos a quienes tenemos una mayor obligación de ayudar, en esos momentos de debilidad, de cansancio, cuando se está pasando una mala temporada, porque el demonio quizá intensifique entonces la tentación para que nuestras vidas tomen otros derroteros ajenos a la voluntad de Dios.

En la segunda tentación, *el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles de que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra. Y le respondió Jesús: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.*

Era en apariencia una tentación capciosa: si te niegas, demostrarás que no confías en Dios plenamente; si aceptas, le obligas a enviar, en provecho personal, a sus ángeles para que te salven. El demonio no sabe que Jesús no tendría necesidad de ángel alguno.

Una proposición parecida, y con un texto casi idéntico, oirá el Señor ya al final de su vida terrena: *Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y crearemos en él*⁸.

Cristo se niega a hacer milagros inútiles, por vanidad y vanagloria. Nosotros hemos de estar atentos para rechazar, en nuestro orden de cosas, tentaciones parecidas: el deseo de quedar bien, que puede surgir hasta en lo más santo; también debemos estar alerta ante falsas argumentaciones que pretendan basarse en la Sagrada Escritura, y no pedir (mucho menos exigir) pruebas o señales extraordinarias para creer, pues el Señor nos da gracias y testimonios suficientes que nos indican el camino de la fe en medio de nuestra vida ordinaria.

En la última de las tentaciones, el demonio ofrece a Jesús toda la gloria y el poder terreno que un hombre puede ambicionar. *Le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: –Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí, me adoras.* El Señor rechazó definitivamente al tentador.

El demonio promete siempre más de lo que puede dar. La felicidad está muy lejos de sus manos. Toda tentación es siempre un miserable engaño. Y para probarnos, el demonio cuenta con nuestras ambiciones. La peor de ellas es la de desear, a toda costa, la propia excelencia; el buscarnos a nosotros mismos sistemáticamente en las cosas que hacemos o proyectamos. Nuestro propio yo puede ser, en muchas ocasiones, el peor de los ídolos.

⁷ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *loc. cit.*

⁸ Mt 27, 42

Tampoco podemos postrarnos ante las cosas materiales haciendo de ellas falsos dioses que nos esclavizarían. Los bienes materiales dejan de ser bienes si nos separan de Dios y de nuestros hermanos los hombres.

Tendremos que vigilar, en lucha constante, porque permanece en nosotros la tendencia a desear la gloria humana, a pesar de haberle dicho muchas veces al Señor que no queremos otra gloria que la suya. También a nosotros se dirige Jesús: *Adorarás al Señor Dios tuyo; y a Él solo servirás*. Y eso es lo que deseamos y pedimos: servir a Dios en la vocación a la que nos ha llamado.

– **El Señor está siempre a nuestro lado. Armas para vencer.**

III. El Señor está siempre a nuestro lado, en cada tentación, y nos dice *Confiad: Yo he vencido al mundo*⁹. Y nosotros nos apoyamos en Él, porque, si no lo hiciéramos, poco conseguiríamos solos: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*¹⁰. *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*¹¹.

Podemos prevenir la tentación con la mortificación constante en el trabajo, al vivir la caridad, en la guarda de los sentidos internos y externos. Y junto a la mortificación, la oración: *Velad y orad para no caer en la tentación*¹². También debemos prevenirla huyendo de las ocasiones de pecar, por pequeñas que sean, pues *el que ama el peligro perecerá en él*¹³, y teniendo el tiempo bien ocupado, principalmente cumpliendo bien nuestros deberes profesionales, familiares y sociales.

Para combatir la tentación “habremos de repetir muchas veces y con confianza la petición del padrenuestro: *no nos dejes caer en la tentación*, concédenos la fuerza de permanecer fuertes en ella. Ya que el mismo Señor pone en nuestros labios tal plegaria, bien estará que la repitamos continuamente.

“Combatimos la tentación manifestándosela abiertamente al director espiritual, pues el manifestarla es ya casi vencerla. El que revela sus propias tentaciones al director espiritual puede estar seguro de que Dios otorga a éste la gracia necesaria para dirigirle bien”¹⁴.

Contamos siempre con la gracia de Dios para vencer cualquier tentación. “Pero no olvides, amigo mío, que necesitas de armas para vencer en esta batalla espiritual. Y que tus armas han de ser éstas: oración continua; sinceridad y franqueza con tu director espiritual; la Santísima Eucaristía y el Sacramento de la Penitencia; un generoso espíritu de cristiana mortificación que te llevará a huir de las ocasiones y evitar el ocio; la humildad del corazón, y una tierna y filial devoción a la Santísima Virgen: *Consolatrix afflictorum et Refugium peccatorum*, consuelo de los afligidos y refugio de los pecadores. Vuélvete siempre a Ella confiadamente y dile: *Mater mea, fiducia mea; ¡Madre mía, confianza mía!*”¹⁵.

Rev. D. Joan MARQUÉS i Suriñach (Girona) (www.evangelinet.net)

«El Espíritu empujó a Jesús al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás»

⁹ Jn 16, 33

¹⁰ Flp 4, 13

¹¹ Sal 26, 1

¹² Mt 26, 41

¹³ Eccl 3, 27

¹⁴ B. BAUR, *En la intimidad con Dios*, Herder. Barcelona 1975, 10ª ed., p. 121

¹⁵ S. CANALS, *o. c.*, p. 128.

Hoy, la Iglesia celebra la liturgia del Primer Domingo de Cuaresma. El Evangelio presenta a Jesús preparándose para la vida pública. Va al desierto donde pasa cuarenta días haciendo oración y penitencia. Allí es tentado por Satanás.

Nosotros nos hemos de preparar para la Pascua. Satanás es nuestro gran enemigo. Hay personas que no creen en él, dicen que es un producto de nuestra fantasía, o que es el mal en abstracto, diluido en las personas y en el mundo. ¡No!

La Sagrada Escritura habla de él muchas veces como de un ser espiritual y concreto. Es un ángel caído. Jesús lo define diciendo: «Es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44). San Pedro lo compara con un león rugiente: «Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe» (1Pe 5,8). Y Pablo VI enseña: «El Demonio es el enemigo número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos que este ser oscuro y perturbador existe realmente y que continúa actuando».

¿Cómo? Mintiendo, engañando. Donde hay mentira o engaño, allí hay acción diabólica. «La más grande victoria del Demonio es hacer creer que no existe» (Beaudelaire). Y, ¿cómo miente? Nos presenta acciones perversas como si fuesen buenas; nos estimula a hacer obras malas; y, en tercer lugar, nos sugiere razones para justificar los pecados. Después de engañarnos, nos llena de inquietud y de tristeza. ¿No tienes experiencia de eso?

¿Nuestra actitud ante la tentación? Antes: vigilar, rezar y evitar las ocasiones. Durante: resistencia directa o indirecta. Después: si has vencido, dar gracias a Dios. Si no has vencido, pedir perdón y adquirir experiencia. ¿Cuál ha sido tu actitud hasta ahora?

La Virgen María aplastó la cabeza de la serpiente infernal. Que Ella nos dé fortaleza para superar las tentaciones de cada día.
